

Seudónimo: Augustus Waters

Primer ciclo de la ESO

Y SIN MÁS

La desgracia empezó una mañana de marzo, aunque apenas se podía diferenciar el día de la noche debido a la cantidad de polvo y escombros que flotan sin rumbo por las calles de Bucha.

Desde hacía una semana, Nikolai, mi amo, vivía junto a algunos miembros de familias incompletas, en el cobertizo que utilizaba el señor Kovalchuk como taller, este último, fallecido en una explosión. Era un refugio improvisado. El cobertizo estaba situado debajo del chalet del señor Kovalchuk y se accedía o desde unas escaleras de bajada que comenzaban en el patio de la casa o bien desde una puerta que trasera que había en el cobertizo que daba al final de la cuesta que llevaba a una pequeña plaza donde solían ir los vecinos de siempre a tomar unas cervezas. Por supuesto, todo esto había quedado reducido a piedras y ladrillos esparcidos por el suelo de Bucha.

A veces salía a olisquear y a hacer mis heces, pero la mayoría del tiempo, Nikolai me mantenía junto a él en el refugio. Casi todos esos vecinos que convivían en el cobertizo junto a nosotros, no estaban en contra de que yo me quedase con ellos salvo la señora Tkachenko, que se podría decir que no era una especial amante de los perros...

Hace unos días, un miembro del grupo de supervivientes del cobertizo desapareció. Dijo que iba a ir a buscar a su madre, que era una anciana que vivía sola en Vorzel' (un pueblecito bastante cerca de aquí), pero no regresó. A las ocho horas de su desaparición, dijeron que algunos cazas rusos estaban rondando la zona. No han vuelto a saber nada de él.

El silencio y la tensión cada día aumentaba. Ese silencio de vez en cuando se rompía cuando se escuchaba algún ruido a lo lejos que nos sobresaltaba.

Incluso yo podía oler la tristeza en esas caras de desesperación e incertidumbre. En aquellos días las lágrimas encharcaban el suelo. Yo con mi buena intención, con mi instinto cariñoso y con mi habilidad de socialización me acercaba de vez en cuando a los humanos y me recostaba en ellos mientras me hacían caricias y gozaban del calorcito que mi pelaje desprendía, ya que el lujo de la calefacción se perdió hace bastante tiempo. Incluso la señora Tkachenko, en ocasiones, me dejaba acercarme a sus pies, aunque me miraba con mirada matadora lo que provocaba que tuviera el rabo entre las piernas.

Ese día se les habían acabado las últimas conservas que les quedaban y por lo tanto Nikolai advirtió que subiría hasta una casa cercana, para ver si encontraba algo. Me miró, me acarició y miró a los demás que, expectantes, le devolvían la mirada llena de una mezcla de pena y agradecimiento. Cuando de repente se empezaron a escuchar disparos. Disparos que no paraban, no daban tregua. Y gritos. Gritos de horror. Gritos de sufrimiento. Gritos de súplica.

Aquí en el cobertizo, los vecinos se tapaban los oídos e intentaban controlar las lágrimas para evitar hacer ruido. Yo con las orejas para arriba, sin pensármelo

dos veces, salí del cobertizo tan rápido como pude. Subí las escaleras torpemente hasta que llegué al patio lleno de escombros y aunque mis pezuñas dolían al estarse clavando todos los trocitos de los cristales reventados seguí adelante. De un momento a otro el escenario se llenó de cuerpos que caían sin vida al suelo y con círculos de sangre que poco a poco iban tiñendo de rojo las prendas. Y ahí es cuando vi a Nikolai.

- Vstan' na koleni, yebanyy ukrainets! Vstan' na koleni, my skazali tebe! (¡Arrodíllate maldito ucraniano! ¡Que te arrodilles te hemos dicho!)- le amenazaron dos soldados rusos mientras un tercero le ataba las manos a la espalda.

- A teper' umolyay nas ne ubivat' tebya! Umolyay nas! (¡Ahora suplícanos que no te matemos! ¡Suplícanoslo!)- le gritó uno de ellos apuntándole con un AK-47 al pecho.

Nikolai sin bajar la mirada, pero con los ojos cristalizados respondió - Net dostatochno dlinnogo flaga, chtoby skryt' pozor ubiystva nevinnykh lyudey... (No habrá bandera lo suficientemente larga para cubrir la vergüenza de matar a gente inocente...)

Y sin más, le dispararon. Y sin más, su cuerpo cayó sin vida. Y sin más, los soldados siguieron avanzando con el resto de la tropa. Y sin más, continuaron haciendo lo mismo con el resto. Y sin más, no volví a escuchar la voz de mi amo.

Con el hocico arrugado y las patas temblando me acerqué a Nikolai. Acerqué mi morro a su palma de la mano. Luego retocé contra su pecho, pero ya nada servía.

¿Por qué? No lo entendía. ¿Por qué jóvenes inocentes se mataban de una manera cruel entre ellos para solucionar conflictos entre dos viejos aburridos? ¿Por qué gente de la misma especie, con los mismos derechos y con los mismos principios se aniquilan entre ellos? ¿Cómo eran capaces de poder hacer esas barbaridades? ¿Acaso no son conscientes que por muy necesaria o muy justificada que esté cualquier guerra, no dejan de ser crímenes? ¿En qué se ha convertido la especie más avanzada y más evolucionada dueña del planeta? ¿Qué ganan luchando? Preguntas me venían en oleadas mientras seguía sin dar crédito a la escena...

En los dos siguientes días no me aparté de mi amo ni un instante. Estuve sin comer, sin dormir y con gran probabilidad de morir. Pero aun con todo y con eso no me separé de Nikolai.

Llevaba horas sin haber actividad ninguna por la calle, cuando de repente, vi que un furgón blanco se iba aproximando lentamente mientras iba parando metiendo cosas envueltas en lo que parecían ser unas bolsas de basura negras. A lo mejor era el servicio de limpieza para ir retirando los escombros.

A escasos metros del cuerpo de Nikolai, la furgoneta se paró y salieron dos hombres con una bolsa de basura. Se pararon delante de mí y se miraron sin saber que hacer ni que decir. Vi como cogían el cuerpo de Nikolai y lo metían en una de esas enormes bolsas. Mientras tanto yo lloriqueaba sin parar. Uno de los hombres me miró y me acarició mientras dijo algo que no logré entender. Metieron a mi amo en el furgón con el resto de bolsas de basura, cerraron la puerta corredera y arrancaron. Y sin más, se fueron. Y sin más, empecé a ladrar. Y sin más, la furgoneta blanca se fue alejando. Y sin más, perdí a

Nikolai. Y sin más, me quede vagando tal como perro vagabundo por las calles desoladas de Bucha.